

Veamos aunque sea en breve relato el éxito desgraciado de esa batalla.

“Hechas las fortificaciones de Cerro gordo al gusto del General Santa-Anna, y contra la opinión de los ingenieros, el ejército mexicano ocupó las posiciones que le señaló el General en jefe.

El día 17 de Abril atacaron los enemigos y á la vez abrían caminos para flanquear la izquierda colocando dos piezas de artillería de grueso calibre, en el cerro que se había dejado sin defensa.

El enemigo rompió sus fuegos á las cinco y media de la mañana del día 18. El choque de las armas fué tremendo, los mexicanos se batieron con gran valor, contra 12,000 americanos que los atacaron.

Tratándose de esa batalla que duró más de dos horas, se ha asegurado por escritores y militares subalternos de aquel tiempo, que á la mitad del combate desaparecieron los principales jefes, incluso Santa Anna, siguiendo batiéndose los soldados y los oficiales hasta que los americanos se apoderaron del cerro.

Hablando de la defensa de ese cerro dice uno de los escritores aludidos.

“En la cima de Cerro gordo la escena fué verdaderamente horrible.

“Desde el camino de Jalapa, á cualquier punto que se dirigiése la vista, se veían cadáveres del enemigo, á punto de poderse decir sin exageración que cubrían todo el camino hasta la altura. Hay cosa de cien varas de terreno plano en la cima del cerro y allí se reunieron todos los heridos de una y otra

parte. Al lado de un americano estaba un mexicano, y nuestros cirujanos los asistían sin más preferencia que la que exigía la gravedad. Nuestras partidas de peones recogían los heridos de todos los puntos, y los llevaban á la altura. En el costado que da hácia el río, en donde la división del General Twiggs dió la carga, hubo muchos heridos de los nuestros y del enemigo, porque éste hizo una resistencia desesperada; pero luego que cedieron precipitándose en dispersión hácia abajo del cerro, fué el momento en que más sufrieron porque recibían las balas por detrás.

Faltando los jefes principales porque abandonaron el campo de la escena, era preciso que todo se perdiera.

Los dispersos del ejército se dirigieron á Perote y de allí á los dos días salieron con dirección á Puebla, sin más orden ni arreglo en la marcha que la voluntad y posibilidad de cada uno. Los americanos ocuparon la fortaleza el día 24.

El General Santa-Anna andaba perdido, nadie sabía de él, probablemente quería ocultarse en alguna finca de campo de algún amigo, para aprovechar una oportunidad de marcharse al extranjero, pero su buena suerte personal todavía no lo abandonaba. Un correo que lo buscaba le llevaba unos pliegos del Gobierno de México; los recogió el General Canalizo y después de cuarenta horas supo donde estaba Santa-Anna. Los dos Generales eran íntimos amigos, de manera que Santa-Anna no desconfió de Canalizo. Recibió el pliego, lo abrió y leyó con sorpresa que en vez de una orden para que se pre-

sentara á responder de su conducta ante un consejo de guerra, le decía el Ministro que el revés sufrido no debía desanimarlo, que el Gobierno, confiando en su genio creador, en su valor acreditado, sus talentos, actividad y pericia etc. esperaba que reuniría nuevamente un ejército brillante, con el que contendría y castigaría al osado enemigo, para lo cual debía contar con los grandes recursos de la Nación pues la patria todo lo esperaba de él, etc.

El General Santa-Anna, en virtud de ese testimonio de confianza que le otorgó el Gobierno, dictó urgentes disposiciones para reunir los dispersos restos del ejército, y dispuso que el General Canalizo marchara con ellos á Perote.

El resto de las tropas de Angostura que había en San Luis salió también para México á las órdenes del General Valencia, quedando encargado un poco tiempo del mando de la plaza el General D. José M.^a Ortega, y después lo recibió el General D. Juan Valentín Amador.

El Clero secular y regular de la capital de San Luis, á cuya cabeza se encontraban el Cura de la parroquia D. Manuel Diez, el Provincial de San Francisco, Fr. Manuel Navarrete, el Guardián del mismo Convento Fr. Ignacio Sampayo, el cura de San Sebastián D. Primo Feliciano Castro, el Prior de San Agustín Fr. Blas Enciso, el Prior del Carmen Fr. José de San Alberto y el Comendador de la Merced Dr. Fr. Félix Rosa Angel, dirigieron al pueblo Potosino la exitativa que sigue:

El Clero Secular y Regular de la capital de San Luis Potosí, á todos los fieles de su comprensión.

Largos meses de llanto y de ruina
La region, que á la costa se avecina,
Pasó doblada al atrentoso yugo,
Seco en tanta opresion el vital jugo
Del campo; transformados en escombros
Templos y Alcazar; en horror y asombros
La humana sociedad. Por todas partes,
En pos de los horrendos estandartes
Del sangriento invasor, cunden veloces
Como suelto raudal, males atroces.

*Leyendas Españolas, por D.
J. J. de Mora.*

Ni depositario digno del alto y sublime poder que lleva en sus manos, ni acreedor al glorioso nombre mexicano podría denominarse al Clero de esta Capital, si al escuchar el último suspiro, que exhalára sin remedio nuestra Religion Santa y nuestra querida Pátria, permaneciera en fria indiferencia y sin alzar su voz para volver á sus compatriotas del vértigo indolente en que mas ha de un año yacen sumergidos; no habeis comprendido quizá nuestra lamentable y desastrosa situacion, y dároslo á conocer y sugeriros los medios de salvarnos, es nuestro exclusivo objeto.

Un atentado horroroso, no muy frecuente en verdad en los anales del mundo entero, se ha atrevido á perpetrar en la edad presente el gabinete de Washington. Ambicioso de ensanchar su fausto y poder mundanal, y de perpetuar su raza hasta la última de las generaciones venideras, no ha vacilado conculcar en la dócil sociedad de México los derechos más sacrosantos otorgados á la humanidad. En sus locos delirios vé con sed rabiosa la opulencia de nuestros templos, la riqueza de la Iglesia, la

magnificencia de los hogares de particulares, la hermosura angelical del sexo débil, el tesoro inmenso é inagotable de nuestras montañas, la fertilidad de nuestros campos, la variedad de nuestros climas; y siempre enemigo implacable de nuestra raza y origen, ha dado pasos muy avanzados para borrar hasta nuestro nombre y absorber todos aquellos preciosos dones.

Ya lo habeis visto, compatriotas, en vano es recordaros los mil y mil asesinatos cometidos en Palo-Alto, Resaca, Monterrey, Angostura, Veracruz y Cerro-Gordo: en vano es traerlos á la vista la multitud de mexicanos errantes por los bosques y perseguidos como fieras en su propio país, despojados de sus intereses y privados de sus familias: en vano es recordaros la multitud de hombres honrados y pacíficos á quienes con befa se les ha arrebatado y estropeado, acaso en su misma presencia, la hija querida, la esposa idolatrada: innecesario es recordaros, la bárbara fiereza, la escandecida crueldad que se necesita para incendiar el albergue y pasar por las armas al rústico sencillo, á la mujer inerme y al niño inocente, como lo han verificado en Agua-Nueva, Hidalgo y algunas villas del Norte. ¿Pero qué podemos esperar de una horda de foragidos, mengua de la humanidad y monstruos de quienes la naturaleza se horroriza, cuando al mismo Dios han insultado, robado y escarnecido en su sacrosanta casa? Si un hombre cuando se entrega á la carrera del vicio, aun puesto que tenga el freno de la Religión, apenas es creible la insensibilidad, la obceca-

ción de que se hace capaz, ¿qué debemos esperar de esos vandálos vomitados por el infierno, escoria de la hez de las naciones, que como sabeis no tienen más Dios que el oro, ni aspiran á otra felicidad que á la satisfaccion de sus pasiones brutales? Un sabio escritor del siglo pasado ha dicho. "El hombre que de ninguna manera tiene Religion, es un animal terrible que le parece que no goza de su libertad, sino cuando desgarrá y devora." En efecto, este es cuadro que por alto designio de la Providencia nos ha tocado presenciar: sí, compatriotas, ya lo habeis visto, nuestra Religion, nuestra Patria, nuestra libertad, nuestra vida, las familias, los intereses, nada, nada se nos respeta, y cuando se perdona la existencia es para aprovecharse de ella en la desventurada condicion de la esclavitud. Por último, se trata, ya os lo hemos dicho, de borrar hasta nuestro nombre del catálogo de las naciones.

Compatriotas Potosinos. ¿Y vereis vosotros con ojos risueños y sin que la sangre hierva en nuestras venas, condicion tan humillante, suerte tan desastrada y afrentosa? ¿Vuestro carácter osado y valiente, verá sin saña que la planta impía de un herege aventurero, holle vuestros magníficos templos, arrastre vuestras venerandas imágenes, y pisotee á vuestro mismo Dios, oculto bajo las especies sacramentales para derramar en el alma cristiana, las sublimes virtudes y el tesoro de delicias que forma el contento de los ángeles? ¿Permitireis que se ultraje por el extranjero bárbaro y codicioso aquel Dios que con tanta mansedumbre os visita y consuela en vuestras enfermedades, y os hace compañía en el

horrible tránsito de la vida hasta daros asiento en las moradas de la bienandanza eterna? Consentireis, bravos Potosinos, que deba conducirse al Divinísimo Sr. Sacramentado, cuando esteis postrados en el lecho de la muerte secretamente en un relicario con el sombrero puesto, y sin dirigirle las sumisas y profundas adoraciones, que como á nuestro Criador y Redentor debemos tributarle? ¿Ya quereis ver esterminada la insignia arrebatadora de la redención? Por último, compatriotas, ¿Sereis insensibles á la pérdida de vuestra religion, de vuestros templos, y hasta del dulce nombre de cristianos? Pues todo esto os va á suceder, y vuestras familias tendrán hambre del pan de la predicacion y de los eternos consuelos que prodiga únicamente la adorable Religion de Jesús, y no habrá quien se los imparta: vuestras hijas y vuestras esposas serán arrebatadas de vuestra vista y hechas víctimas, acaso en las calles y plazas mismas, del fuego de la lascivia: vuestros niños tiernos espirarán, dirigiendo hácia vosatros miradas lastimeras y de espanto, en la puuta de los sables y bayonetas del bárbaro conquistador: vosotros mismos sereis arrastrados y tirados del cuello, como béstias estúpidas para las masmorras de la esclavitud, y hombres desnaturalizados, y prostitutas asquerosas y béstias inmundas, vendrán á disfrutar la comodidad y delicia de vuestros hogares.

Sí, compatriotas Potosinos; entendedlo, una y mil veces os lo rogamos, entendedlo; esta atroz calamidad viene sobre vosotros, ya llega á vuestros umbrales, y en cumplimiento de nuestro alto deber,

atended, oidlo, os anunciamos que sufriréis todo su azote, todo su peso, si no volvéis de ese sueño profundo en que os vemos postrados, si no os resignáis á hacer un esfuerzo, digno de la santa causa que nos asiste, y del timbre de vuestro nombre. El invasor no cesa, ha angustiado sobremanera el círculo de nuestro territorio, y no nos ha dejado ya por donde dirigirnos; y no es debido, en situación tan precisa, abandonar una causa verdaderamente común é importante, solo á nuestra fuerza armada, débil por su número, impotente por su pequeñez, flaca por su pobreza, dolencias y pasadas tareas; aunque digna, por su nunca bien ponderado valor: no, se trata de nuestros comunes intereses, de todo lo que el hombre tiene de más caro sobre la tierra: volemós, pués, todos al combate, pongámonos en derredor de nuestras autoridades, hagamos en sus manos una plena y sincera dimision de nuestras fortunas; y de nuestras personas, alistémonos con prontitud con cuanta especie de armas podámos adquirir, depongamos ese insensato deseo de vivir más, abriguemos solo un apetito insaciable de morir por nuestra Religion, por nuestra pátria, por nuestra vida y por el honor de nuestras familias: haced efectiva esa compasion, hasta aquí estéril, que mostrais por vuestros tiernos niños. Muramos antes que vernos arrastrados de esclavos en tierra extraña, desamparados y seguidos solo de un padre anciano, de unos hijos, de una mujer con las facciones ya demudadas, aborrecidos por donde quiera, postradas nuestras fuerzas al peso de la indigencia, lan-

zar llantos y lastimeros clamores, y sin hallar un ser que alargue hácia nosotros su piadosa mano. Potosinos, para el hombre esclavo no hay consuelo, se eclipsa para siempre su respeto y su gloria.

Estos son los medios únicos de salvacion, unámonos todos, volvemos á deciros, olvidemos nuestras desavenencias domésticas, y autoridades, ejército, pueblo y sacerdocio, todos, todos formemos una masa compacta, y resignémonos á concluir sin que uno solo vuelva la espalda al invasor, antes que sobrevivir al infortunio y á la afrenta. Jurémosle á Dios morir por su Religion y á la Pátria por su independencia. Jurémosle al niño tierno, á la doncella delicada y al anciano decrepito, que primero correrá nuestra sangre á torrentes, que primero bajaremos al sepulcro, que el que alguno de esos fieros vandidos les ponga inícuca mano.

Potosinos: estos son los votos de vuestro Clero, y no cesaremos un solo instante de inculcaros por las aldeas, por los pueblos, y en todos los púlpitos de la Capital, estos grandiosos sentimientos. En vuestras manos está la Religion que os legaron vuestros padres, la Pátria que os otorgó el Cielo, el honor de vuestras hijas y esposas, la vida de vuestros tiernos niños y toda vuestra suerte futura, si queréis, todo podréis lograrlo, de un sacrificio heroico depende, hacedlo.

Dos extremos os esperan que abrazar: ó viles esclavos, ó católicos independientes: resolveos, si lo primero, doblad la rodilla al invasor, si lo segundo, preparaos para el combate.

Comprendedlo, estos son los últimos momentos,

y si por indolencia corréis una suerte desgraciada, y si vuestra Religion vuela á suelo más venturoso, que la afrenta y la ignominia venga sobre vosotros. A vuestros eclesiásticos les queda la satisfaccion de haberos patentizado el peligro, é indicado los medios más análogos en nuestras circunstancias que pueden adaptársele. Y os conjuramos todavía, á que no oigáis sin emocion nuestras palabra, seguros de que en nosotros encontraréis un padre tierno que consuele y socorra vuestras familias, un humano amigo que unja vuestras heridas, un sacerdote cristiano que os prodigue los últimos consuelos de la Religion, guarde y recuerde vuestras cenizas, un compañero que no os abandone en el acto del combate, y que allí mismo gustoso esponga su pecho en defensa de la Religion de Jesucristo y de la queridísima República de México.

San Luis Potosí, Abril 28 de 1847.—*Manuel Diez.—Fr. Manuel Navarrete.—Primo Feliciano Castro.—Fr. Ignacio Sampayo.—Fr. Blas Enciso.—Fr. José de San Alberto.—Dr. Fr. Félix Rosa Angel.*

Igualmente se publicó la excitativa siguiente con el propio objeto que la anterior.

El Cura y demás Eclesiásticos de la Parroquia de la Villa del Armadillo, á sus feligreses..

Grandes son sin duda, y continuados los delitos, que el Omnipotente ha estado castigando en nues-

tra desgraciada República, cuando después de tantos años de padecimientos de todo género, aun no hemos podido conseguir su expiación. Por esto es que nos amenaza hoy con el azote más terrible, cuya sola reflexion hiela la sangre y sumerge el alma en las angustias más acerbadas. Sí, hermanos nuestros, el Sér Supremo, en cuya voluntad está la suerte de las naciones, no satisfecho seguramente con tanta sangre derramada; con tantas víctimas inocentes, que, con otras harto culpables, se han sacrificado en nuestras contiñas revueltas; desoyendo, quizá por insuficientes ó no bastantes, las plegarias de las almas piadosas, hoy, decimos, nos amenaza nada menos que con borrarlos del catálogo de los pueblos; siendo consiguiente, si tal llega á verificarse, el que se extinga para siempre de entre nosotros la sacrosanta fé que nos distingue, y hace llevemos el nombre de cristianos.

¡Ojalá y esto fuese exagerado! pero por desgracia es demasiado cierto: nuestros pecados nos han acarreado este castigo, todo cuanto nos acontece está en la mano de Dios: no hay suerte, no hay acaso. Estas frases de que comunmente se usa, aun en los lances más serios de la vida, no son, creedlo, sino voces vacías de sentido, que mal suelen explicar tal cual acontecimiento. Pero, si es cierto, es de fé, que nuestros destinos los rije la DIVINA PROVIDENCIA; y que ella por uno de aquellos actos de su tremenda justicia, ha enviado á México el duro azote de la guerra que tantos males nos ha hecho ya sufrir.

Mas si esos males son tan graves como la expe-



SANTUARIO DE GUADALUPE DE SAN LUIS POTOSI.

riencia nos lo ha demostrado en tantos años de guerra civil; ellos no guardan proporcion con los que ya pesan sobre nosotros, causados por el invasor injusto é inmoral que hoy nos aqueja. La guerra entre nosotros, si bien es un castigo terrible, porque las afecciones de cada bando desmoralizan á los pueblos, les hacen verter su sangre, y sacrificar sus intereses; no da al menos el triste resultado de tener que perder, ni un solo palmo de nuestro territorio, ni mucho menos nuestras creencias religiosas.

Pero esta consideracion es terrible, respecto de la guerra extranjera, porque si está decretado que sucumbamos bajo el dominio del vencedor, á más de perder nuestra nacionalidad, tendríamos el dolor de vernos vejados continuamente solo por ser cristianos, y veremos condenada nuestra descendencia á ser borrada del libro de la vida, ¡Qué males no deberemos esperar, si los Norte-Americanos triunfan esta vez!!! Si á tal grado ha llegado el enojo del Todo Poderoso, ¡A Dios cara pátria! ¡A Dios Religion Santa! todo lo hemos perdido.

Ya sabéis la conducta inmoral de esos aventureros, escoria de las naciones que el gabinete de Washington nos ha echado encima, y que han ocupado ya las dos terceras partes de la República, á són de que quieren ellos poblar de grado ó por fuerza unos terrenos que por ningún título han podido pertenecerles: ya sabéis que su desenfreno brutal se manifiesta lo mismo en donde se les ha hecho la guerra, que en donde no se les ha podido oponer resistencia: en todas partes y á todas horas escandalizan á los sencillos mexicanos con su desprecio al sagrado

culto de nuestro Dios: se burlan de nuestras imágenes; y las tan santas, tan augustas ceremonias de la Iglesia de Jesucristo, no son para ellos sino motivos de irrisión y escarnio. ¿Y qué resulta de todo esto? ¡O Dios! que el mal ejemplo del vencedor irá poco á poco entiviando la piedad, aun en los cristianos más austeros; engendrando siniestras ideas en los menos reflexivos; exaltando las pasiones de la juventud; engañando las dulzuras de la niñez, y, finalmente, corrompiendo todas las masas, dará por último resultado nuestra segregación de la comunión cristiana. Esto es horrendo; pero no os engañamos, está á punto de suceder, y es de nuestra obligación inculcaros tamaño peligro, para que podáis evitarlo, si á caso Dios Nuestro Señor, no nos ha sentenciado todavía.

Pero, y qué, ¿ya no habrá remedio para nosotros? ¿Ya está escrito en el libro de los destinos, el que hemos de ser víctimas de nuestros desaciertos? No lo permita Dios. Nosotros, aunque tememos que tal pudiera suceder, no creemos sin embargo que si volvemos sobre nosotros mismos, y nos dirigimos confiados al Señor, ofreciéndole con corazón sencillo nuestros padecimientos, y cumpliendo en lo sucesivo con nuestros deberes: no creemos, decimos, que nos niegue el perdón. Por una obra de su paternal Providencia parece que á nuestros enemigos les ha privado de observar una política que mucho habría contribuido á la realización de sus planes, y es la de mostrarse astutos, como Napoleón, que era católico entre los cristianos, y Turco entre los Musulmanes. Lejos de observar esa conducta, ha si-

do por el contrario, la burla, el desprecio y la befa en lo religioso; la liviandad, la violencia, el desacato en la moral pública, y, en todo, el descaró y el desenfreno más inauditos: he aquí en resúmen la conducta que los invasores han observado para con los bondadosos mexicanos. Pero, ¡qué hemos dicho! no solo han obrado y están obrando así entre nosotros, también han hecho lo mismo en Nueva-Orleans esos voluntarios, ese desecho de los pueblos, cuando el gabinete Norte-Americano les ha puesto las armas en la mano para que vengan á tomar por ellas una patria que no tienen. ¿Y no es ésta una enseña de la Providencia? ¿No es esto, en buen sentido, mostrarnos el instrumento con que nos aflige, para que no temamos á éste, sino á aquella mano poderosa. Esto nos parece inconcuso. Luego, ¿no podremos inferir que cuando nos castiga de esa manera, es porque todavía aguarda nuestra vuelta al orden?

Sí hermanos carísimos, no lo dudéis; esos son los planes de Dios, y nosotros lo aseguramos á su nombre: volved á Dios cumpliendo con vuestros deberes, y estad seguros de que aun cuando se prolongue por algún tiempo la lucha, nuestra Santa Religión será conservada en la República, y ésta se verá libre del amago. A efecto, pues, de que seais perfectamente instruidos acerca de esos deberes, que son los que debéis á Dios, lo que debéis á la sociedad, y lo que debéis á vosotros mismos; desde ahora serán ocupados por los que os dirigen la palabra, los púlpitos respectivos para que en los días festivos se os dé una explicación amplia de sus sagrados de-

beres, siendo este que desde hoy nos imponemos muy de nuestro gusto, cuando á la vez hemos sido invitados para ello por el Exmo. Sr. Gobernador del Estado. Preparaos, por tanto, á recibir esa instruccion, la cual no tomaremos de otra fuente que de la celestial, contenida en las Santas Escrituras. De allí veréis que viene ese célebre mandato de "amad á Dios sobre todas las cosas" y que abrazando los dos últimos puntos que acabamos de sentar, concluye con decir, "y á tu prójimo como á tí mismo."—Y por cuanto, respecto de lo primero, os creemos bastante firmes en sostener vuestras creencias religiosas: reservándonos sin embargo, explicaros esto en el púlpito al tanto que la urgencia lo requiere, nos anticiparemos desde ahora á deciros, que para cumplir con lo que se debe á la sociedad y así mismo, es de todo punto indispensable obedecer pronta y eficazmente á las autoridades de la tierra. "Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César." El Sér Supremo ha santificado el derecho de las Naciones; y es muy justo que una defienda los suyos, aun derramando la sangre de sus hijos, puesto que á tal extremo la obliga otra, que atropellando aquellos derechos y abusando del poder, la invade, la burla, la ultraja.

Así, pues, á la primera órden del Gobierno volad á los combates, y portaos en ellos con el valor de un cristiano. El valor de un cristiano no tiene igual en la historia, y con razón. Fírmemente persuadido de que la hambre, la peste, ó la guerra, no son obra del acaso, sino castigos que Dios dá á las naciones, se resigna á morir de hambre, como de una

fiebre, ó como de una herida. Se resigna porque cree que así desenoja al Sér Supremo; y como está cierto de que ya sea por éste, ó ya sea por aquel castigo, no han de morir sino aquellos á quienes el Criador haya señalado, se presenta impávido al peligro, y esta resolucion es la que le dá ese valor inimitable.

Animo, pues, vamos á desarmar el brazo del Todo-Poderoso, cumpliendo religiosamente con nuestros deberes, Por nuestra parte, contad con la cooperacion que nuestro ministerio nos impone: nos esforzaremos en que sea eficaz, y allí en el altar Santo, allí, cuando venga á nuestras manos el Sacrosanto Cuerpo del Redentor, allí imploraremos de su infinita bondad, escuche los lamentos de nuestra infortunada PATRIA.

Villa de Armadillo, Mayo 6 de 1847.—*Francisco Tejada.*—*Fr. Antonio Ramón León.*—*José María Navarrete.*—*Estevan de la Riva.*—*Fr. Mariano Machado.*—*Regino Telles.*

